

VELARDE LOMBRAÑA, J.: *Conocimiento y verdad*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1993, 471 pp.

Aunque la teoría del conocimiento es, sin lugar a dudas, uno de los ejes centrales de toda reflexión filosófica, y no se le puede escatimar su rancio abolengo, sin embargo, un somero repaso bibliográfico a la producción sobre este tema en nuestro contexto intelectual, nos muestra que no son muchos los estudios sistemáticos centrados en esta disciplina como un todo. Ciertamente, hay estudios dedicados a un período, o autor, concretos; también pueden encontrarse reflexiones sobre este o aquel tema. Pero lo que es más raro es dar con una investigación con ambición totalizadora. Tal es el caso del libro de J. Velarde Lombrana que aquí presentamos.

En efecto, el estudio de Velarde Lombrana somete a la teoría del conocimiento a una cuidadosa reconstrucción de su dominio material y a un minucioso desmenuzamiento, tanto en plano sincrónico como en el diacrónico; lo cual no quiere decir que estemos sólo ante un «manual». Respecto a este término es preciso hacer una precisión, pues en los últimos tiempos la palabra «manual» ha sumado a su campo semántico una connotación negativa que la relaciona con la idea de un estudio poco original, sin aportación personal del autor o autora. No es este el caso, pues aunque esta obra es un manual en el sentido en el que, por ejemplo, J. Casares define esta palabra en su *Diccionario ideológico de la lengua española* («libro en el que se resume lo más substancial de una materia»), no lo es en el sentido de *tratarse de un trabajo puramente reconstructivo*. Velarde Lombrana realiza, sin lugar a dudas, un enorme esfuerzo reconstructivo que se traduce para el lector o lectora en una gran riqueza de información sobre el tema. Esta labor reconstructiva tiene la virtud añadida de estar guiada por el ideal cartesiano de claridad y distinción, como el mismo autor apunta ya en la primera página de su texto. Un ideal, por cierto, que se satisface enteramente.

Pero como ya indicaba, con ser lo anterior no poco, en este libro hay más: el trabajo tiene un elemento señalado y notable de originalidad, que le viene del enfoque con el que aborda su análisis. Se trata de una perspectiva lógico-lingüística y matematicista, que añade al ideal cartesiano antes mencionado la voluntad de rigor. Rigor que, por otra parte, está al servicio de la determinación precisa del con-

cepto y la expresión «teoría del conocimiento», tanto como disciplina filosófica (diferente a las disciplinas científicas), cuanto como disciplina autónoma.

El primer capítulo, que es ante todo una «declaración de principios», ofrece un criterio metodológico para discriminar en qué medida distintas nociones filosóficas constituyen la esfera de la teoría del conocimiento. Se trata de un criterio que, en palabras del autor, «exige ante todo entender el proceso del conocimiento como un proceso dialéctico entre las cuestiones de 'génesis' y las de 'estructura', por cuanto que la una no es independiente de la otra...» (p. 5). De la mano de este criterio elabora una exposición y crítica de los planteamientos gnoseológicos clásicos, dualistas. A su juicio, el campo gnoseológico de la teoría del conocimiento no puede reducirse —como se ha venido haciendo— a idealismo o a realismo, estableciendo un esquema de conexión dualista y reduccionista («metamérico») entre los conceptos que configuran ese campo gnoseológico. Velarde Lombaña, por el contrario, opta por un esquema de conceptos conjugados («diámico») en el que dichos conceptos no son tratados como bloques compactos polarizados que acaban fagocitándose el uno el otro: o bien el sujeto fagocita al objeto y entonces tenemos el idealismo, o bien el objeto fagocita al sujeto y en tal caso nos encontramos con el realismo. El autor, por su parte, utilizando su esquema de conexión diámica, propone no tomar los conceptos como todos compactos, sino desmenuzarlos en partes homogéneas cuya conexión está mediada por el término opuesto. Se trata, en suma, de una sofisticada y elaboradísima versión del concepto moderno de dialéctica, en conexión con la teoría del cierre categorial elaborada por G. Bueno.

Con este aparato metodológico y categorial, Velarde Lombaña aborda un recorrido histórico de la teoría del conocimiento, para lo cual empieza muy acertadamente conectando teoría del conocimiento e historia de la filosofía. En efecto, al ser la teoría del conocimiento una disciplina filosófica, su historia, la de sus temas y cuestiones, coincide con la de la historia de la filosofía. Los capítulos segundo y tercero son el resultado de este desarrollo. También aquí se transluce la herencia dialéctica y materialista, pues su reconstrucción está guiada por la idea de que: «La estructura del conocimiento no es ingénita, sino resultado dialéctico de procesos científicos (y precientíficos) a la que se llega en fases históricas» (p. 164). Esta idea aporta lucidez y flexibilidad a la reconstrucción histórica. Sin embargo, su enfoque matemático contribuye a lo contrario, de modo que el resultado final peca de reduccionismo, puesto que muestra como aportaciones de las diversas filosofías a la teoría del conocimiento sólo aquellas en cuya configuración interviene la geometría o la matemática. Extraña, por ejemplo, que en su análisis de Aristóteles prescindiera del *De Anima* o del *De Motu Animalium* o, lo que es más grave, que tampoco tenga en cuenta ni un sólo pasaje de la *Ética Nicomáquea*. Y en el ámbito de la Filosofía Moderna no es menos llamativo que se prescindiera de la noción espinoziana de razón como pasión, o de todas las obras kantianas referidas a la razón práctica. ¿Qué es lo que sucede?. ¿que el campo gnoseológico delimitado por la razón práctica no ha contribuido a enriquecer la teoría del conocimiento? Las reflexiones sobre la explicación de la acción, por ejemplo, ¿no tienen que ver con la teoría del conocimiento?

Quizá este olvido tenga que ver con la opción que Velarde Lombaña realiza a la hora de determinar las ideas que según él constituyen el campo material de la teoría del conocimiento. A este respecto, el autor considera que las ideas constitutivas de ese dominio material están ordenadas jerárquicamente, y en el vértice

superior de esta jerarquía se encuentra la idea que posee mayor capacidad para anudar nociones dentro de tal dominio. Esa idea, a su juicio, no es otra que la de verdad, la cual ---además--- coincide con la de conocimiento.

Velarde Lombaña se muestra partidario de un concepto referencial de conocimiento de filiación platónica (cfr. pp. 196-197). Y en lo que atañe a su definición de verdad, vuelve a estar bajo la perspectiva matematicista e internalista, es decir, la verdad es interna al propio sistema categorial. Por tanto, no es de extrañar que, si se supone que el conocimiento coincide con la verdad, y si la verdad se define *more geométrico* e internamente, entonces se haga una reconstrucción histórica que margina todo tipo de reflexión que se vincula a la razón práctica.

Teniendo en cuenta la centralidad que el autor atribuye al concepto de verdad, dedica el capítulo IV a un análisis de las diversas teorías sobre la verdad: la indagación es, de nuevo, minuciosísima y tiene como fruto una ordenación exhaustiva de las diversas teorías de la verdad según descansen éstas en uno de los componentes configuradores de cualquier criterio de verdad (teorías monistas), en las relaciones entre los componentes configuradores de cualquier criterio de verdad (teorías relacionales), o en las operaciones entre los componentes configuradores de cualquier criterio de verdad (teorías operacionales o constructivistas). Y en este punto Velarde Lombaña enlaza con las reflexiones que configuraron su declaración de principios. En efecto, es partidario del tercer tipo de teorías de la verdad, que es concebido como una especie de *Aufhebung* respecto de los otros dos. Para esta teoría de la verdad los componentes de cualquier criterio de verdad (sujeto, objeto y lenguaje) guardan entre sí relaciones regidas por un esquema diamérico.

A esta idea se llega progresando desde la noción de campo gnoseológico, cuyo esquema está extraído del teoría del cierre categorial de G. Bueno. Desde este punto de vista, la idea de verdad se define como sigue: «Las verdades, entendidas como identidades sintéticas, como verdades internas al propio campo, fluyen de los términos del campo (...) en tanto que entrelazados en figuras que contienen ciertas relaciones privilegiadas (los *principios gnoseológicos*) más o menos fértiles para la construcción de identidades (verdades) y para la reconstrucción («cierre») de todos o de buena parte de los términos del campo» (pág. 297). La verdad, pues, es una función interna al propio campo; y, en tal caso, se hace visible el problema clásico de toda definición internalista de verdad: el de la referencialidad. Pues, si bien el autor intenta integrar por igual tanto al sujeto como al objeto y al lenguaje, *de facto* prima en la definición el formalismo lingüístico, con lo cual parece que la verdad es una función puramente lógico-formal: la referencia (aparentemente) sería no el objeto, sino el signo que el sujeto utiliza para referirse al objeto. Sin embargo, la intención del autor es que la referencia sea el objeto material mismo, y no su signo. De las dificultades de este intento es consciente Velarde Lombaña cuando algunas páginas después de su definición internalista y formalista de la verdad intenta justificar que su idea de verdad es algo material y objetivo (cfr. pp. 333-334): la verdad es al mismo tiempo formal, interna, material y objetiva. He aquí, un muy inteligente idealismo que no se reconoce como tal, ya que el formalismo materialista que intenta es, por así decirlo, un centauro: cuerpo formal y cabeza material. Precisamente lo que Velarde Lombaña intenta en esta compleja obra es la captura de este centauro.

El último capítulo muestra una de las líneas del desarrollo contemporáneo de la teoría del conocimiento, la vinculada con la ingeniería del conocimiento y con

la inteligencia artificial. Se trata de una reflexión interesante no sólo por la información que transmite, sino por el esfuerzo (que se ve coronado por el éxito) que realiza por enlazar esos novísimos planteamientos epistemológicos con la teoría más clásica del conocimiento y con la historia de la filosofía.

En suma, se trata de un libro sumamente interesante, tanto por la riqueza de información que contiene, cuanto por la capacidad de estímulo que encierra, aun en la disensión. Se trata de una obra profundamente filosófica porque plantea, desde una perspectiva contemporánea, problemas filosóficos centrales y clásicos (verdad, conocimiento, posibilidad de decir del mundo, etc.), teniendo siempre presente la multivocidad del término «filosofía»; este es otro de sus aciertos que queda bien patente en su pulcra definición de este saber: «...entendemos la Filosofía (lo filosófico) no como un género porfiriano del que son especies la Ética, la Lógica, la Ontología, etc., sino como un género combinatorio de naturaleza atributiva en el que las partes, los subsistemas, no quedan 'nivelados' (por cuanto que todos alcanzan el nivel filosófico), sino que es, más bien, al contrario: el todo, el género, la filosofía como sistema, queda configurado, resulta tal, en función de las relaciones necesarias, sinectivas, pero asimétricas, entre las partes, los subsistemas» (p. 15).

Angeles J. PERONA

URSÚA, N.: *Cerebro y conocimiento. Un enfoque evolucionista*. Anthropos (Nueva Ciencia, 10). Barcelona, 1993. 377 págs.

El Profesor Ursúa presenta en esta obra la *Teoría evolucionista del conocimiento (Evolutionäre Erkenntnistheorie)* (TEC) que el Prof. G. Vollmer ha desarrollado en Alemania, donde ha alcanzado ya un reconocimiento general en el ámbito filosófico.

El autor expone en la Introducción cuál es la tesis central de la obra: «El ser humano es un ser pensante [...]; el pensamiento (actividad mental) es una función del cerebro (= tesis naturalista); el cerebro se puede comparar en su funcionamiento con la máquina universal de Turing [...]; la máquina de Turing, como explicación para el funcionamiento algorítmico. Esta reflexión ha de ir naturalmente acompañada de una reflexión crítico-filosófica» (10) [Subrayados de Ursúa].

El libro del Prof. Ursúa comienza deslindando la TEC de otras concepciones científicas afines y ello tanto en sus diferencias como en las características comunes (cap. 1). Se trata de la *Teoría evolucionista del conocimiento* de K. Lorenz y la concepción de K.R. Popper, por un lado, y la *Epistemología genética* de Piaget, por otro. Frente a ellas la TEC se define de la siguiente forma: «La TEC es el intento de comprender el sistema cognitivo mediante el enfoque evolucionista e incluso darwinista. En este sentido, se afirma que nuestro sistema nervioso central (SNC) y el cerebro son producto de la evolución biológica, es decir, el resultado de procesos adaptativos y selectivos, y se trata de investigar las consecuencias epistemológicas y antropológicas de dicha tesis».(23).

El capítulo segundo presenta, en primer lugar, los principios sobre los que se asienta la teoría moderna de la evolución, más en concreto la evolución biológica,